

I. Pinel, Charcot, Freud

Hace 150 años nacía Sigmund Freud. En 1856, había pasado más de medio siglo después que otro médico, Philippe Pinel, realizara lo que se ha considerado un gesto revolucionario para la historia de la medicina —y de la Razón— moderna. Casi al empezar un nuevo siglo, Pinel liberaba a los “insensatos” de entonces de las cadenas que los mantenían excluidos del mundo. Habitado por los *sueños de la razón*, el célebre alienista articulaba su vocación política con el espíritu científico de una nueva disciplina y el afán rehabilitador de una renovada medicina social. De ahí su vocación humanitaria, de ahí sus intentos por curar con la razón los desvíos insanos del sujeto. Una pintura exhibe en París este acontecimiento¹. La luz del cuadro cae sobre el personaje *central*. A su alrededor, en una tra-

¹ “Pinel liberando a los alienados”. Pintura de T.R. Fleury. Asistencia pública-Hospitales de París.

ma más lejana, aparecen los locos de entonces, con el rostro melancólico de los excluidos de siempre. A su lado, hay una mujer. Hasta entonces se la llamaría insensata, maniaca, tal vez criminal o simplemente loca.

Algunas décadas más tarde, otra imagen quedará grabada en la historia del saber médico. Charcot presenta en el Hospital de la Salpêtrière de París una enferma aquejada de histeria, esa enfermedad “intratable” y femenina que los médicos decimonónicos habían intentado curar sin éxito. La histeria entraba así en el “templo de la ciencia”². Aquí rodea a Charcot la mirada atenta de otros hombres: los discípulos a quienes dirige sus famosas lecciones clínicas. Freud asistirá a esas presentaciones con la avidez de un discípulo, dispuesto a escuchar y mirar la prueba escénica del Saber del Maestro. No mucho tiempo después abrirá un nuevo espacio de conocimiento sobre las alteraciones del espíritu, concebidas en una “escena” completamente nueva. Al inicio de otro nuevo siglo, Freud ya no descansa en el saber de su primer maestro. Durante más de tres décadas, irá abandonando el territorio de la medicina para desarrollar un pensamiento sobre el sujeto: entre clínica y cultura, entre pulsión y lenguaje.

No hay imágenes —pinturas, fotografías— del es-

² Emile Trillat, *Histoire de l'hystérie*, París, Seghers ed., 1986, pp. 127-155.

pacio donde Freud desarrolló su clínica como psicoterapia, cien años después del “gesto” de Pinel y poco tiempo después que Charcot hiciera ingresar a la historia en el templo de la ciencia. Han quedado en cambio los relatos de sus casos más célebres, ahí donde Freud escribe, bajo una forma “novelada” su empresa enorme de pensar de otro modo los asuntos de la subjetividad y la cultura. El registro que ha quedado para la posteridad concierne a una experiencia de pensamiento, volcada infatigablemente a pensar “las cosas últimas” de la verdad inconsciente del ser humano, atravesada por los hilos del deseo, del conflicto, del destino y de la muerte.

La alienación y la mirada

El mérito de Pinel consistió en inscribir la locura en los discursos sobre las promesas de la razón y de la ciencia en el marco de una —todavía naciente— ciudadanía. Sus mayores logros no fueron ni teóricos ni clínicos, aun cuando puede considerarse como el “padre” de la psiquiatría moderna. Sin embargo, la práctica de Pinel no dejó de tener consecuencias para la deriva, tanto teórica como institucional, de los discursos sobre lo que desde entonces se concebiría como el vasto territorio de las enfermedades mentales. Pinel con-

cibió la locura como *alienación* y, con ello, inscribió los conflictos internos a la razón como constituyentes de su propia “naturaleza”. Se trataría de una “mutación antropológica radical”, a decir de Gladys Swain y Marcel Gauchet, de la cual el pensamiento y la práctica de Freud serían mucho más continuidad que ruptura³.

Hasta Pinel, la locura era concebida —y “tratada”— como una desposesión absoluta de la razón. La locura viajaba desde tiempos remotos en un “navío insensato” por los márgenes de las ciudades, con ese recorrido vagabundo —*la nave de los locos*— del que Michel Foucault tomará su imagen y su curioso simbolismo para dar comienzo a su tesis célebre⁴. Con Pinel, ese viaje ya no es exterior a la razón y a las ciudades, ya no ocurre en las aguas de la marginalidad únicamente, su itinerario ya no es recorrido fuera del mundo. En cambio, es el punto de llegada de una Razón que encuentra en su propia conciencia lo más extraño y, a la vez, lo más próximo de sí misma. Un grabado de Goya resumirá el tiempo de Pinel: *el sueño de la razón produce monstruos*.

Desde Pinel, el insensato pasará entonces a llamarse un alienado. La *alienación mental*, de la cual Esqui-

³ Gladys Swain, *Le sujet de la folie. Naissance de la psychiatrie*, Paris, Calmann-Lévy, 1997, p. 130.

⁴ Michel Foucault, “Stultifera navis”, *Historia de la locura en la época clásica*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 13 y ss.

rol describirá sus figuras características, señalará ya no únicamente una categoría nosográfica —una enfermedad mental, ubicada en el territorio clasificatorio de las especies mórbidas del espíritu— sino que apuntará a una condición propia al sujeto, es decir a la razón misma⁵. El alienado no habrá perdido del todo su razón, su experiencia subjetiva estará marcada por una división entre impulsos y motivos, entre el “Mal” y su conservada integridad moral. Habrá lógica en el delirio, conservando el sujeto su humanidad a pesar de caer —parcialmente— en la profundidad trágica de su alienación. Desde entonces, las formas de la extrañeza y de la “anormalidad” se situarán cada vez más en el territorio común de la vida cotidiana de los hombres. No sin contradicciones, porque las figuras *límites* de la patología mental —desde las manías sin delirio o las locuras con conciencia de la época de Pinel hasta las neurosis de Freud—, expresarán la conflictiva propia al sujeto en su división, entre la unidad de su Yo y los impulsos que lo precipitan a la extrañeza de si mismo.

Si el alienismo del siglo XIX descubrió —o inventó— nuevas figuras de la enfermedad, llamada desde entonces “mental”, otro personaje marcará un nuevo rumbo. Jean-Marie Charcot, médico y político también,

⁵ Marcel Gauchet, “De Pinel a Freud”, en Gladys Swain, *op. cit.*, pp. 7 y ss.

se encargará de incluir en el discurso médico la antigua figura de la histeria. Otra escena: Charcot muestra a sus discípulos La Enfermedad con la presencia desfalleciente de otra mujer. El cuadro es diferente: este nuevo maestro ya no se dirige a la posteridad con el poder atribuido por “la práctica del espíritu humano”, legitimado por el diálogo con una locura que no se ha extraviado del todo. Ahora se dirige a un público ávido de recibir del maestro la prueba de su Saber. La escena de Charcot inaugura otro espacio: la enfermedad se hace visible en el cuerpo de una mujer desvanecida. Con ello, Charcot reproduce la función de la mirada en la antigua medicina de las especies y en la nosografía del cuerpo enfermo con su destino mortal. Esa clínica de la mirada que Foucault asociará a la conciencia del hombre con respecto a la evidencia de su finitud⁶.

“La experiencia clínica ve abrirse un nuevo espacio: el espacio tangible del cuerpo, que es al mismo tiempo esta masa opaca donde se esconden secretos, invisibles lesiones y el misterio mismo de los orígenes. Y la medicina de los síntomas, poco a poco, entrará en regresión, para disiparse frente a la medicina de los órganos, de los focos y de las causas, frente a una clínica completamente organizada en la anatomía patológica”⁷.

⁶ Michel Foucault, “Espaces et classes”, *Naissance de la clinique*. Paris, Presses Universitaires de France, 1997.

⁷ Ibid, p. 123.

“De una manera que puede parecer extraña a primera vista, el movimiento que sostiene el lirismo del siglo XIX se hizo uno con aquel por el cual el hombre tomó conocimiento positivo de si mismo; pero ¿habría que extrañarse que las figuras del saber y las del lenguaje obedezcan a la misma ley profunda y que la irrupción de la finitud sumerge, del mismo modo, esta relación del hombre a la muerte que, aquí, autoriza un discurso científico bajo una forma racional, y ahí abre la fuente de un lenguaje que se despliega indefinidamente en el vacío dejado por la ausencia de los dioses?”⁸.

La clínica psicológica se abrirá al espacio de lo visible, pero para encontrar ahí, en esa prueba “real”, en esa presencia escénica, los signos de la enfermedad: única, ideal, prototipo de todos los desajustes del alma.

El siglo XIX comenzó con el “gesto” político de Pinel, liberando a los alienados de las cadenas de su castigo o de su exclusión social. El “tratamiento moral”, a medio camino entre medicina y pedagogía, hizo de esa liberación otra sujeción del hombre al poder de la razón: firme, paternal, disciplinaria. Con Pinel, la sinrazón puede ser enmendada mediante la razón, porque el alienado no la ha perdido del todo, y porque las causas de la alienación se encuentran en las condiciones de la vida social de los hombres, aquéllas que la autoridad del alienista puede manejar con su poder y

⁸ Ibid., p. 200.

que una medicina al servicio de un nuevo régimen de costumbres administra en el asilo de alienados. Al terminar el siglo, Charcot fijará “fotográficamente” el poder del discurso médico, nuevamente con la imagen de una mujer a su lado. Así como a Pinel, a Charcot no le interesará explicar la enfermedad, sino observarla e inscribirla en un orden racional, en una tipología de las especies mórbidas.

Pinel:

“Es la historia de una enfermedad *real* que me propongo describir: todo aquello que entendemos en la sociedad como delirio, extravagancia, locura, me debe ser ajeno, así como toda discusión metafísica, toda hipótesis sobre la naturaleza de las funciones intelectuales o afectivas, sobre su generación, su orden, su encadenamiento recíproco, su sucesión. Me atengo rigurosamente a la *observación...*”⁹.

Charcot:

“He ahí la verdad (...) Ustedes saben que mantengo como principio no tener en cuenta la teoría y dejar de lado todos los prejuicios: si ustedes quieren ver claramente, hay que tomar las cosas como son (...) Pero en verdad, *no soy más que un fotógrafo: inscribo lo que veo*”¹⁰.

⁹ Philippe Pinel, *Traité médico philosophique sur l'aliénation mentale*, cit. en Jean Garrabe (ed.), *Philippe Pinel*, Paris, Ed. Synthelabo, 1994, pp. 122-123. (El subrayado es mío).

¹⁰ Jean Marie Charcot, *Leçons du mardi a la Salpêtrière. Polyclinique 1887-1888. Notes de cours de MM. Blin*, cit. en Georges Didi-Huberman, *L'invention de l'hystérie: Charcot et l'iconographie de la Salpêtrière*, Paris, Mácula, 1994, p. 32. (El subrayado es mío).

Freud y un nuevo siglo

El siglo XX comienza con Freud. En 1900, año de *La interpretación de los sueños* —tal vez su obra mayor— el inventor del psicoanálisis tiene 34 años. En la cúspide de su pasión de saber, toma del siglo que lo ha antecedido sus logros y sus promesas, pero para instalar ahí *otra escena*. Freud la llamará *Lo Inconsciente* y, a diferencia de Charcot, no le interesará representarla ni describirla “fotográficamente”, sino pensarla y escribirla con nuevos conceptos: la represión, la doctrina de las pulsiones, la transferencia. El discurso freudiano apuntará entonces a relevar un nuevo espacio: ya no será el lugar de la extrañeza más absoluta de la locura de antaño, tampoco el territorio ciudadano de los derechos del hombre; no se detendrá siquiera en los signos visibles de las enfermedades: tristes, nerviosas, irritables o furiosas. La histeria, su mudez o su ceguera, su anestesia o su irritabilidad, no estará ahí para ser mirada solamente, para ser descrita o inventariada en sus signos o en sus crisis corporales. Freud escuchará en cambio en ella la traducción de un lenguaje cifrado en los síntomas del cuerpo, en esa “anatomía fantaseada” que resiste la estrecha cartografía de los nervios o de los circuitos cerebrales. Escuchará esas voces acalladas por la represión de la vida común —y de la cultura— que la locura repite en el eco de su sonoridad alucinada. Es-

cuchará ahí, sobre todo, la sexualidad con su insistencia, con sus fantasmas infantiles, con su destino pulsional como síntoma, como sueño, como acto o como pensamiento. Con ello, reconocerá en la histeria una discursividad: sus síntomas y sus palabras contienen la carga simbólica de un mensaje dirigido a Otro.

De la locura, que comenzará a llamarse "psicosis" durante el siglo de Pinel y de Charcot, Freud no dirá mucho más. No es que no escriba de ella; el relato del Presidente Schreber, de quien le bastan sus Memorias para realizar su análisis memorable, es tal vez su expresión mayor. Pero para él la locura no es sino la versión aumentada de los fantasmas de todo el mundo, del modo de vivir —de gozar y de sufrir— del sujeto de su época —y, hasta cierto punto, de la nuestra. Con Freud la experiencia de la locura deviene, tal como lo diría Swain, un "revelador antropológico". Ella muestra precisamente lo que el Inconsciente freudiano expresa en su paradójico sentido: habla de aquella zona incierta del sujeto, de la que proviene y de la cual se defiende, puesto a hablar con las voces de una lengua que no dice nada y que lo dice todo a la vez.

En palabras de Michel Foucault:

"Freud hace que se deslicen hacia el médico todas las estructuras que Pinel y Tuke habían dispuesto en el confinamiento. Ha liberado al enfermo de existir dentro del asilo, en el cual lo habían alienado sus libera-

dores; pero no lo ha liberado de lo que tenía de esencial esa existencia; (...) ha creado la situación psicoanalítica, donde, por un corto circuito genial, la alienación llega a ser desalienación, porque, dentro, del médico, ella llega a ser sujeto”¹¹.

“...el psicoanálisis se sirve de la relación singular de la transferencia para descubrir en los confines exteriores de la representación el Deseo, la Ley, la Muerte, que proyectan en el extremo del lenguaje y de las prácticas analíticas las figuras concretas de la finitud”¹².

“Un día seguramente habrá que hacerle a Freud esta justicia: que no ha hecho hablar una locura que, desde siglos atrás, ya era precisamente un lenguaje (lenguaje excluido, inanidad charlatana, palabra que huye indefinidamente del silencio reflexivo de la razón); al contrario, ha acabado con el Logos desrazonable; lo ha desecado; lo ha hecho remontar las palabras hasta su fuente hasta esa región blanca de la autoimplicación en la que nada es dicho”¹³.

El discurso freudiano se inscribe entonces en un tiempo clave de la historia moderna, cuando en el “desamparo abierto por la ausencia de los dioses” el Sujeto se encuentra confrontado al poder de su razón, pero

¹¹ Michel Foucault, “La locura, la ausencia de obra”, en *La Historia de la Locura en la época clásica* (Apéndice a la segunda edición), *op. cit.*, p. 328.

¹² Michel Foucault, *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*, Paris, Gallimard, 1966, p. 389.

¹³ Michel Foucault, *La folie, l'absence d'œuvre*, en *Dits et écrits*, (bajo la dirección de Daniel Defert y Francois Ewald) Paris, Gallimard, 1994, p. 418.

también a la evidencia de su finitud. Pinel, Charcot y Freud son protagonistas de este esfuerzo del Saber y del Poder de la historia occidental. La historia del psicoanálisis es un capítulo de ese relato que la cultura moderna crea de si misma cuando quiere decir quién es. No sin las paradojas de esa conciencia, que lo lleva a reconocer en su propia historia las secretas y a la vez audibles figuras de *otra escena* y los motivos a la vez ocultos y visibles de su deseo.